

PASAJE AL ACTO Y LAZO SOCIAL EN LA PSICOSIS: LOS ASESINATOS DE RICARDO MELOGNO

Ribeiro, Ana Paula; Varela, Jesica Verónica
Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo se inscribe en un proyecto de investigación financiado por la UNLP denominado “Posición de las psicosis en lo social: síntomas, discursos y lazos” dirigido por la Dra. Julieta De Battista. El mismo indaga las relaciones entre síntoma, discurso y lazo social en la clínica de las psicosis. En esta oportunidad nos ocuparemos del caso de Ricardo Melogno, de gran repercusión en los años 80, reconstruido a partir de grabaciones de entrevistas, documentos forenses, recortes de diarios y llevado a la literatura bajo el nombre de *Magnetizado* (2018) por Carlos Busqued. El análisis del mismo nos condujo a la pregunta por la articulación entre pasaje al acto y lazo social en la psicosis, a partir de pensar el modo en el que un sujeto desenlazado del Otro puede retornar del mundo a la escena a partir de la repetición de un pasaje al acto homicida. Consideramos que no se trata del pasaje al acto *per se*, si no de las consecuencias que con él se introducen, que en el caso Melogno, dejan la marca significativa del S1 “asesino” que, articulado con un S2 “espiritista”, le posibilitarán la inscripción en un lazo social más soportable y vivo.

Palabras clave

Pasaje al acto - Lazo social - Psicosis

ABSTRACT

PASAGE TO THE ACT AND SOCIAL BOND IN PSYCHOSIS:
THE MURDERS OF RICARDO MELOGNO

The present work is part of a research project funded by UNLP called “Position of psychosis in the social: symptoms, discourses and ties” directed by Dr. Julieta De Battista. He investigates the relationships between symptom, discourse and social bond in the clinic of psychosis. In this opportunity we will deal with the case of Ricardo Melogno, of great repercussion in the 80s, reconstructed from recordings of interviews, forensic documents, newspaper clippings and brought to literature under the name of *Magnetized* (2018) by Carlos Busqued. The analysis of it led us to the question of the articulation between passage to the act and social bond in psychosis, starting from thinking about the way in which an unbound subject of the Other can return from the world to the scene from the repetition of a passage to the homicidal act. We consider that it is not the passage to the act *per se*, if not the consequences that are introduced with it, that in the case Melogno, leave the significant mark of the S1

“killer” who, articulated with a S2 “spiritualist” will enable you to register in a more bearable and living social bond.

Keywords

Pasage to the act - Social bond - Psychosis

Introducción

El presente trabajo forma parte de un proyecto de investigación financiado por la UNLP denominado “Posición de las psicosis en lo social: síntomas, discursos y lazos” dirigido por la Dra. Julieta De Battista. Se trata de explorar las relaciones entre síntoma, discurso y lazo social en la clínica de las psicosis a partir del estudio de la vida de artistas reconocidos como psicóticos y cuya producción tuvo efectos en lo social en la época.

En esta oportunidad nos ocuparemos del caso de Ricardo Melogno, de gran repercusión social por los años 80 y que durante el 2018 fue reconstruido a partir de grabaciones de entrevistas, documentos forenses, recortes de diarios y llevado a la literatura sobre el crimen bajo el nombre de *Magnetizado* (2018) por Carlos Busqued. El mismo nos condujo a la pregunta por la articulación entre pasaje al acto y lazo social en una posición subjetiva psicótica, dado que el caso transmite el modo en el que un sujeto desenlazado del Otro puede retornar del mundo a la escena a partir de la repetición de un pasaje al acto homicida. Consideramos que no se trata del pasaje al acto *per se*, si no de las consecuencias que con él se introducen, y por las cuales un sujeto podría construir un modo “enlazado” de habitar el campo del lenguaje.

Presentaremos en primera instancia el caso para luego, retomando algunas referencias psicoanalíticas, indagar la relación entre el pasaje al acto y su posición en el lazo social. Si bien el pasaje al acto suele corresponderse con un momento de exclusión radical del Otro, de máxima ruptura de lo que ordinariamente podría interpretarse como “lazo social”; tal vez también (en la singularidad de este caso) siente las bases para la construcción de una nueva modalidad de lazo.

Asesino ¿serial?

En septiembre de 1982 una seguidilla de asesinatos a taxistas produjo gran conmoción social. Los periodistas hablaban del “asesino de taxistas”, nombrándolo en ocasiones como un asesino serial. Fue el hermano del autor de los crímenes quien conjuntamente con su padre, decidió entregarlo a la justicia tras

encontrar el arma y los documentos de las víctimas en su casa. Luego de la detención, a la que no se resistió, Ricardo Luis Melogno, de 20 años, confesó un cuarto asesinato; el primero de los cuatro, que se sucedieron en el transcurso de cinco días.

“Tengo un problema adentro”

Tales habían sido las palabras de Melogno a un vecino previo al primer asesinato. Raro, tímido, retraído, sin mayor relación con los otros, repitió primer grado y abandonó la secundaria en el segundo: *“La escuela era no. Me escapaba. Me iba a caminar a pensar en mis cosas”* (Busqued, 2018,15). El aislamiento, las errancias, los soliloquios y un marcado negativismo a la escolaridad, estuvieron presentes desde pequeño. Tuvo cuatro intentos de suicidio a los doce años, cuya causa coloca en este rechazo por ir a la escuela, y la obligación insidiosa de una madre que más que ley, transmitía el capricho. Afirma que no fueron escenas montadas para el otro si no para él: *“Yo decía: «Ojalá me muera mientras duermo.» (...) pasar de un mundo al otro, digamos, durmiendo, lo menos doloroso posible”*. (p.16) Los intentos cesaron al dejar la escuela, no así esa pesadumbre por la vida que se agudizaba ante coyunturas en las que se veía confrontado a socializar con otros.

Vecinos del barrio lo describían como un muchacho sumamente apocado, ensimismado: *“Desde chico si podía quedarme solo, sin que nadie me jodiera me encerraba. Esos momentos solitarios permitían irme (...). Caminaba muchísimo.. iba a lugares donde no hubiera tanta gente. Era como un autómatas, mentalmente estaba en otro lado”* (p.15).

Las errancias y el aislamiento parecían constituir recursos para hacer con lo insoportable del encuentro con los otros. En esas extensas caminatas encontraba refugio en la creación de un “mundo” paralelo pero disyunto del de la realidad, comandado por fantasías: *“En mi mundo, yo era el protagonista, y por más que estuviera en ese rincón oscuro, la gente estaba pendiente de lo que yo hacía en ese rincón. En la vida real yo estaba en ese rincón, pero nadie me veía. (...) Acá no había un deseo, no había un futuro, nada”*. (p. 25)

Una falla en la juntura más íntima del ser se ponía de manifiesto de un modo singular en torno al objeto mirada; sintomatizando el lazo social con los otros: *“Me molestaba lisa y llanamente que me miraran. Quizá ni siquiera me miraban, pero yo sentía que sí, (...) Era como un instinto, una cosa que se me generaba en el cuerpo”* (p. 31). Desde pequeño ya estaban las “presencias” encarnando el agente perseguidor, a modo de figuras omnipresentes de las que debía resguardarse *“Una cosa más visceral. Una tensión constante... ante lo que no podía ver ni tocar. Yo las sentía todo el tiempo en lugares (...)”* (p.19).

Insistía para él la interpretación de tener algo “oscuro” en sí mismo. Esta oscuridad permanecerá por mucho tiempo como algo enigmático para él.

Porquería, cucaracha, pero espiritista

Hijo de padres separados, transcurrió la mayor parte de su infancia y adolescencia con su madre y hermanos. La relación con ella estuvo signada por la locura. Creció siendo testigo y partícipe de sesiones de espiritismo y rituales de purificación en las que su madre constituía una figura muy reconocida. La recuerda como una mujer “paranoica”: *“Mi madre consideraba que los hombres eran un aborto mal hecho. Los consideraba a todos enemigos”* (p. 17) y solía dejarlo encerrado para protegerlo. Los golpes y los insultos eran recurrentes, pero para él ésa era la “vida normal”.

Bajo su mirada, Ricardo no era más que “una cucaracha, una porquería”. La religión, que ella utilizaba como un “arma”, se convirtió en la principal vía de escape de una madre que lo dejaba caer. A los catorce tuvo la convicción de viajar a Brasil para iniciarse en la santería, no por un interés genuino en esa práctica; sino para poder estar a la altura de su madre y separarse: *“me dio en ese momento la fuerza necesaria para enfrentarme a lo que más temía”* (p. 24). Al regresar de allí, sin más vueltas, le anunció que se marcharía. Desde entonces, el asunto de la religión claudicó y con ello se produjo un aislamiento notable de la madre. Veremos que Melogno volverá a inmiscuirse en el discurso espiritista luego de varios años en prisión; pero adjudicándole allí el atributo de una defensa para la supervivencia.

La antesala del pasaje al acto

“Una circunstancia medio rara” (p.22) lo condujo a su madre días previos a los crímenes. Esa fue la última vez que la vio: cuando el novio le pidió formalmente la mano de su madre para casarse. Sin embargo a esa altura algo ya estaba soltándose a nivel del cuerpo y del pensamiento. Había salido del Ejército, luego de permanecer dos años allí “detenido” y “acovachado en su mundo”. El trabajo en el negocio del padre no llegó a amarrarlo, y fue tal el contraste en el retorno a una vida sin ley ni orden, que la errancia no tardó en llegar: *“Quería seguir en esa caminata. No estar más en ningún lado. (...) Entonces fui, agarré dinero del negocio, la pistola y le dejé una nota a mi viejo arriba del mostrador: que me iba (...) lo único que quería hacer era IRME”* (p.31). La calle se convirtió en su hogar, pero la maquinaria en su cabeza no pudo detenerse. Su otro mundo tampoco bastó para frenar una “tensión” que, no pudiendo ya desplazar hacia las presencias, hizo eco en el cuerpo sin mediar ningún decir.

¿El pasaje al acto o los pasajes al acto?

La pregunta por el motivo de los crímenes insistió en el discurso jurídico, psiquiátrico y mediático, sin hallar una respuesta consistente. Ante la ausencia de un móvil, la causa fue quedando del lado de la psicopatología; oscilando entre distintas categorías clínicas: Esquizofrénico, parafrénico, psicópata, psicótico, por las cuales explicar su conducta. En torno a este agujero, el propio protagonista buscó construir algún sentido: *“yo tam-*

bién tengo que buscar una explicación (...) Pienso que tiene que haber habido ALGO antes que me fuera llevando a esto. (...) en todos estos años no pude encontrar cómo surge la idea, cómo surge la necesidad” (p.35). Dirá que tal vez, era el destino de esas personas morir ese día, sin ahondar en detalles. A la ausencia de explicación relativa al móvil de los asesinatos, se agregará otra pregunta sin respuesta: ¿por qué/ qué lo detuvo a seguir matando? *“Nunca tuve una explicación para eso. Ni cómo vino, ni cómo se fue. (...) se acabaron las ganas, se acabó el impulso. (...) -En una época (...) usé la frase «Si tenía ganas de comer comía, si tenía ganas de dormir dormía, si tenía ganas de matar mataba»”*. (p.42).

“El taxi que sigue” (p.). No era una voz, sino la sensación que experimentaba como una certeza en el cuerpo de que ése era el taxi al que debía subirse y no otro. Se subía sabiendo que iba a matarlos, pero sin un momento previo que implicara una planificación. La mecánica de los asesinatos armaba una serie, en la que el procedimiento, se replicaba: les daba una dirección cualquiera y al llegar a destino, sin mirarlos a los ojos, les disparaba en la cabeza con la misma pistola que cargaba consigo para protegerse de las “presencias”. Luego, encendía un cigarrillo mientras esperaba unos minutos hasta constatar que estuvieran muertos, y se retiraba de la escena sin apuros, con los documentos de las víctimas; dispuesto a ir a degustar a un bar de la zona al que solían concurrir los taxistas, su plato preferido. Recuperaba con esa acción algo de la satisfacción.

El impulso, “esa cosa en el cuerpo”. Tan impreciso a nivel significativo como preciso en términos de goce, así nombraba Melogno esa experiencia que precipitaba su respuesta. Dirá que después de la primera muerte, las otras vinieron por “inercia”, sin remordimiento, ni cuestionamientos, ni padecimiento. En un esfuerzo de transmisión, lo equiparará con la sensación del hambre, *“Aunque no viste comida, el cuerpo pide comida. Esto era un poco lo mismo. Una sensación física. (...)”* (p. 38).

La soltura de lo imaginario y el retorno en lo real del objeto no extraído, se presentificará con claridad en una anécdota relativa al primer crimen, luego del disparo al taxista: *“De repente levanto la vista y veo que me están mirando. (...) no veo una cara. Veo dos ojos que me están mirando. Me paralicé del cagazo, hasta que entendí lo que pasaba: era el espejo retrovisor. Eran mis ojos, en el espejo retrovisor. Era mi cara, reflejada. No me reconocí. Mis ojos, mi mirada. No la reconocía”* (p.33).

De la “porquería” al “asesino”

Los pasajes al acto le valen una condena de cadena perpetua, y durante 34 años transita por cárceles comunes y por unidades psiquiátricas. Los primeros cinco años entre Devoto y Caseros, y luego de unos meses en Melchor Romero, le declaran insania mental y desde el año ‘87 en adelante su vida en la cárcel transcurre entre la Unidad 20 de Hospital Borda y el Hospital Psiquiátrico de Ezeiza.

Los asesinatos de los taxistas, pasajes al acto logrados, lo sacan

del lugar de objeto y pueden leerse como un punto de discontinuidad en su vida, un antes y un después que parecen llevar la marca de una mutación subjetiva: *“la persona que mató tiene siempre cierto grado de destrabe por dentro, a partir de la muerte. Porque lo transformó esa muerte. Ese poder que tuvo en ese momento lo transformó. La muerte es cruzar una puerta (...) Después de los hechos hay un cambio trascendental. Las muertes significaron un cambio, una evolución... imperceptible en el momento”* (p.78). *“Para el otro, yo seguía siendo el mismo. Pero era diferente yo al recibir la mirada del otro. Algo interior mío que había cambiado”* (p.77). *“No tengo ningún dato interno de pensar «Uy, qué cagada que me mandé», o similar (...), de esa época ni siquiera tengo un registro de seguir pensando en eso después de haber matado. En los mismos actos se ve que no existía nada.”* (p.85)

Una nueva posición en el mundo comienza a erigirse, en un movimiento que le lleva años, desde los primeros días en la cárcel hasta la actualidad. Primero como asesino, significativo que le funciona como un S1, y luego a partir de la solución que encuentra en la religión que *lleva adentro*.

Nombrarse como asesino funciona como un modo de inscripción en el Otro del reconocimiento y en sus efectos en lo imaginario, lo ubica de una manera diferente respecto de los lazos con los otros, diluyéndose la paranoización. La mirada que había retornado en lo real, se recaptura en lo que podríamos denominar un fantasma: *“Les caí bien a los viejos, primero por mi causa, por la cosa de que no me importaba nada, cuatro asesinatos, cadena perpetua, segundo y a la vez por mi comportamiento... y de movida, también la curiosidad, por lo que había salido en los diarios, en la televisión”* (p.92).

El ingreso en la cárcel y los años de institucionalización marcan también un despertar del mundo de la fantasía. En ese mundo alterno; cuyo muro había podido atravesar gracias a ese rasgo particular, innombrable, que lo diferenciaba del resto de las personas; podía en sus dichos “ser alguien, ser persona”, sujeto creador de sus propias historias en las cuales era protagonista: *“ese mundo de fantasía se fue apagando. Un día, a mis treinta y seis o treinta y siete años, vi que ese mundo ya no estaba. (...) Yo pensé que me iba a durar toda la vida, porque en la cárcel el otro mundo es una herramienta fabulosa, casi una necesidad...”* (p. 53).

Del “asesino” y el “loco/ espiritista”

Entonces el mundo alterno, de la fantasía, deja de cumplir esa función defensiva y en su nueva vida en la cárcel, es el espiritismo quien suplirá esa función.

La religión, que le viene del lado materno como un destino marcado desde su concepción, le había servido de defensa y separación de ésta. Luego de algunos años, en la cárcel comienza a serle útil primero como chiste, como supervivencia, para ir transformándose luego en una posición que permite sostenerse en la vida: *“...me di cuenta de que podía ser usada como defensa, y estuve pelotudeando con el tema durante mucho tiempo.*

Empezó como un chiste de presos (...) era el pibe loquito, el divertimento del pabellón” (p.96)

Por ese entonces, comienza a rearmar la celda, coloca una estantería y ataúdes con muñequitos que le sirven de protección. Ese altar cobra entre los presos y celadores cada vez más protagonismo: pedidos de uniones amorosas, de traslados, de libertad, etc. Se va armando lo que Melogno llama el “mito”: “*uh al loco, ni le entraron a la celda, tienen miedo de entrar, vamos a guardar cosas acá*”, “*los místicos dicen que tengo una fuerza que me rodea, que ellos ven*.” (p. 99)

A sus 33 años, mientras cumplía un castigo en uno de los buzones del penal, una “crisis religiosa” (p.100) le revelará que había cosas dentro suyo que eran “reales”, religiosamente hablando. Emerge la certeza: “*Me doy cuenta de que hay cosas adentro mío que me llevan a la religión. Cosas como que (...) estaban ahí de antes (...) mi vieja no hacía rituales de vudú, pero yo sabía armar muñecos. Había cosas que ya estaban adentro mío. Era una defensa que funcionaba..., y yo decía: a la mierda, cómo es que hago esto*”. (p.100). A partir de aquí decide respetar y practicar en serio la religión; resignificando con un sentido místico aquellos enunciados propinados por algunos otros que percibían su “costado oscuro”, su “estar para el otro lado”.

Esta idea delirante acotada a los usos de su religión, es una solución que le permite ganar respeto, un plus, más allá del que tiene como asesino y puede compartir con el resto de los detenidos; siendo en varias ocasiones convocado a intermediar o negociar entre ellos: “*Acá me respetan en mi condición de preso que soportó 34 años de cárcel y llegó en este estado con una conducta marcada, un respeto, un lugar ganado a la fuerza (...) eso también es supervivencia. Te ven que no estás deteriorado, y saben que joderte puede implicarles un costo*” (p.143).

Pasaje al acto y lazo social en la psicosis

La recepción que Lacan hizo de la categoría psiquiátrica del pasaje al acto en el campo del Psicoanálisis, posibilitó potenciar su uso en tanto operador clínico. Miller (1993) recordaba que para Lacan “el pasaje al acto devela la estructura fundamental del acto” (p. 40), sin embargo no debe confundirse con aquel. Concebir el pasaje al acto como un operador clínico implica considerar que a partir de él podemos anoticiarnos de la relación que establece el sujeto con el acto, con el Otro, y con el objeto *a*; puesto que también connota una dimensión libidinal. De hecho, en su Seminario X (1962/63) Lacan puntualiza las dos condiciones esenciales del pasaje al acto: por un lado, la identificación absoluta del sujeto con el *a* al que se reduce; y por el otro, la confrontación del deseo y la ley. Allí, en esa conjunción entre identificación y rechazo, precipita una respuesta acorde con el momento de mayor embarazo, por la cual el sujeto se mueve en dirección a evadirse de la escena. Es conocida la expresión del pasaje al acto como el paso de la escena al mundo, siendo la escena el lugar del Otro, y el mundo el lugar donde lo real se precipita. Justamente la precipitación es la modalidad que asu-

me el tiempo en el pasaje al acto, de allí que se lo tienda a equiparar con la impulsividad, cuando no es eso de lo que se trata. Más bien lo que hay es del orden de una discontinuidad radical en la conducta del sujeto y en su cadena de motivos, quedando por fuera de todo sentido y premeditación. Entonces, el pasaje al acto en sí constituye una ruptura, una separación radical, y al decir de Muñoz (2008) un “punto de locura”, que desde la teoría de los nudos, podría pensarse como el desenlace de los registros, su desanudamiento, y el desamarre del Otro, quedando el sujeto sin respuesta ante la inconsistencia del Otro” (p. 194).

Esta perspectiva en torno al pasaje al acto enfatiza su estatuto de respuesta ante el callejón sin salida subjetivo al cual queda confrontado el sujeto. Ahora bien, ¿en qué consiste este callejón? ¿Cuál es el problema en cuestión? Aquí se inscribe lo que el psicoanálisis nos enseña respecto de la singularidad del caso por caso: el nominalismo del sujeto más allá del realismo de la estructura (Volta y Erbetta, 2014).

En este punto arribamos a la pregunta por la articulación entre pasaje al acto y lazo social en las psicosis, en la singularidad del caso de Melogno, a los fines de pensar de qué modo a partir del pasaje al acto y no sólo con él, un sujeto puede retornar del mundo a la escena. Subrayamos el “*a partir*” y el “*no sólo*” porque es importante especificar que pareciera que no es el pasaje al acto *per se* el que permite la inscripción en el lazo, ni basta con él para lograrlo; si no que, como este caso pone en evidencia, se precisarían otros elementos que involucran tanto el encuentro del sujeto con lo contingente, como su elección a alienarse a un significante amo, un S1, que cae como resto de los asesinatos y en torno al cual puede rearmar Otra escena.

Así mismo, que se produzca una mutación subjetiva no es un suceso intrínseco al pasaje al acto, pero sí puede que en algunos casos se de lugar a dicha transformación. Esta será una lectura que sólo podrá realizarse a posteriori en función de los efectos que ese “dejarse caer” tenga a nivel del cuerpo, la imagen y el lazo con los otros.

¿De qué modo, entonces, podría concebirse la articulación del pasaje al acto con el lazo social? Recuperando el significado etimológico, lazo proviene del latín *laqueus*, que significa atadura o un nudo de cintas. Sinónimos de lazo pueden ser enlazar, sujetar, unir.

En Lacan la noción de lazo social suele aproximarse a la de discurso, pero no son equivalentes; y para el caso de las psicosis, la pregunta por si el sujeto “hace” o no lazo, si está o no “fuera o dentro” del discurso, se reitera con frecuencia, sin agudizar la escucha en lo que ello significaría. Sólo señalaremos a este respecto que, la posición subjetiva psicótica podría encontrarse fuera de un discurso establecido (Lacan, 1972; p. 498 y 514), pero ello no significa que no pueda entrar en relación con algún discurso, ni va de suyo que por ese “fuera de” se vea imposibilitado el lazo, incluso el lazo social. (De Battista, 2020).

Siguiendo a Millas (2015), el lazo social no alude necesariamente a la participación en lo social, ni a la “vinculación” con otros,

tampoco es equivalente a la idea de sociedad. Si se pone el foco en la acepción del “nudo de cintas”, un sujeto inscripto en el lazo social implicaría un sujeto “anudado” en sus registros (real, simbólico e imaginario).

Quinet (2016), por su parte, propone entender al lazo social como una estructura de regulación del goce: “*La civilización exige del sujeto una renuncia pulsional. Todo lazo social es por lo tanto un marco de la pulsión, que resulta en una pérdida real de goce*” (p.22). Y respecto al acto psicótico agregará: “*En la medida en que está fuera de discurso, puede presentar dos vertientes. El acto psicótico como un ataque al otro. Por ejemplo: una tentativa de asesinato puede ser un intento de barrar al Otro del goce que lo persigue (...). O también como una tentativa de cura como un llamado a la ley para entrar en el lazo social como sujeto del acto...*” (p.52). No obstante, tal como lo señalamos previamente, no todo pasaje al acto dará nacimiento a un sujeto del acto.

Una respuesta singular que enlaza

“*Yo fui una cucaracha, y después un monstruo y después un preso. Me gustaría ser una persona*” (p.146).

Con este anhelo finaliza el libro de Busqued que transmite con finura la experiencia de un sujeto que logra inscribirse en el lazo social de un modo radicalmente distinto luego del pasaje al acto homicida. Cabe la pregunta de si se trata de un pasaje al acto, o una serie de pasajes al acto con cada asesinato. Más allá de este asunto, se pone de manifiesto en ellos cómo en el pasaje al acto en la psicosis es protagonista esa fuerza constante, el empuje desarticulado del fantasma, que en el caso aparece nombrado como la “tensión constante”, opaca para el sujeto. ¿Qué sucede con esa “tensión” a partir de los asesinatos? Pareciera que no sólo algo allí se detiene, si no que a partir de la institucionalización y su dinámica, se introduce cierto marco regulador para la pulsión con efectos a nivel del cuerpo. Si bien no puede desconocerse la incidencia psicofarmacológica, resulta interesante visibilizar la escena que comienza a entramarse a partir de la alienación significativa al “Asesino” y el estar “preso”: “*Si tuviera la oportunidad de cambiar todo lo que me trajo a la cárcel, lo cambiaría, pero también sé que la cárcel, mal o bien, fue mi salvación*” (p.73). El momento de locura, de desanudamiento de registros, las consecuencias del pasaje al acto, dejan como saldo ese S1 que lo representa, y que articulado con un S2 “loco espiritista”, lo anudan.

Esta nominación disímil de “Cucaracha”, habilita un posicionamiento diferente a nivel del lazo social. Se instala cierta direccionalidad al Otro a partir del encarcelamiento, pero sobre todo, en función del personaje que allí monta: un “loco” espiritista que no sólo logró sobrevivir a las vejaciones carcelarias sino que impone respeto y es referente de un saber y un poder con el que puede ayudar a otros. Freud (1911) nos orienta en esta vía cuando señala que la elaboración delirante del psicótico constituye el medio a través del cual busca reconstruir su relación

con la realidad y con quienes lo rodean. Se va armando el “mito” y con él, se produce la configuración de esa otra escena que favorece su inscripción en un lazo social más soportable y vivo. Esta singular solución, ¿testimonia una mutación subjetiva y de estabilización, inaugurada a partir del acto criminal?

Si el pasaje al acto implica una separación radical del Otro y por lo tanto, una ausencia total de búsqueda de reconocimiento, podríamos considerar que lo que sus consecuencias instituyan junto con la capacidad electiva de un sujeto para hacer con ellas, ofrecerían la oportunidad de armar una nueva escena en la que el Otro cuente de un modo diferente. Al decir de Izcovich (2012), siempre que haya búsqueda de reconocimiento, se está en el lazo.

REFERENCIAS

- Busqued, C. (2018) *Magnetizado*. Anagrama: Buenos Aires.
- Freud, S. (1911) “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descripto autobiográficamente (Schreber). En *Obras Completas, Tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- De Battista, J. (2020) “Posición de las psicosis en lo social: preguntas, resultados preliminares y proyecciones de la investigación”. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Izcovich, L. (2012) *La elección de las identificaciones*. Ed. Plieques-FFCLE.
- Lacan, J. (1972) « L'étourdit. » En *Autres écrits*, Paris: Seuil.
- Lacan, J. (1962-63) *El Seminario X. La angustia (1962-63)*. Buenos Aires: Paidós.
- Millas, D. (2015) *El psicoanálisis pensado desde la psicosis*. Cuadernos del ICDeBA 11. Buenos Aires: Grama.
- Muñoz, P. (2008) “De locuras, encadenamientos y desencadenamientos.” *Ancla, Revista de la cátedra II de Psicopatología de la UBA*, 2, p. 97-124.
- Quinet, A. (2016) *Psicosis y lazo social*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Soler, C. (2015) *¿Qué es lo que hace lazo?* Colombia: Asociación Foro del Campo Lacaniano de Medellín.
- Volta, L.H. y Erbetta, A.E. (2014) “Consideraciones acerca de la construcción del caso en la transmisión del psicoanálisis”. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA

- Lacan, J. (2013) *El Seminario III. Las psicosis (1955-56)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2015) “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Lacan, J. (2015) "Posición del Inconciente". En *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Miller, J.-A. (1993) "Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto". En *Infortunios del acto analítico*, Buenos Aires, Atuel, pp. 39-55.
- Miller, J.-A. (2008) "Nada más humano que el crimen". En *Revista Virtualia* (18). Disponible en <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/nFnC6P2tfp0cLfh3bTszZwec7bLbbC68H2zcgRJe.pdf>
- Muñoz, P. "La lógica de la alienación-separación en el pasaje al acto". *Anuario de Investigaciones*, vol. XVIII, 2011, pp. 101-111. Universidad de Buenos Aires.
- Schejtman, F. (2013) *Sinthome: ensayos de clínica psicoanalítica nodal*. Buenos Aires: Grama.
- Tendlarz, S. & García, C. (2008) *¿A quién mata el asesino*. Buenos Aires: Grama.